

EL TIRANO DE LA EUROPA

NAPOLEON I.º

MANIFIESTO A TODOS LOS PUEBLOS
DEL MUNDO

Y PRINCIPALMENTE

A LOS ESPAÑOLES.

POR

EL LIC. D. J. A. C.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID, POR CANO: 1808.

Why 850147

MANIFIESTO

Á TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO

Y PRINCIPALMENTE Á LOS ESPAÑOLES.

Cocodrillus invictum alioqui et perniciosum animal, tamen Tentiritas adeo metuit, ut ad voces etiam expavescat: ita tyranni, quum omnes contemnant, tamen Eruditorum literas timent.

Ex Erasmi Parabolis.

El Cayman, animal por otra parte invencible y pernicioso, teme tanto á los Tentiritas, que solo al oír sus voces se llena de pavor: no de otra suerte los tiranos, aunque á todos los desprecian, temen sin embargo los escritos de los Eruditos.

De las Parábolas de Erasmo.

Si en todos los tiempos, si en todas las edades la oratoria y la poesía, el lienzo, el mármol y el bronce, animados por la mano diestra del artista han transmitido á los siglos mas remotos los respetables nombres de aquellos héroes colocados en el templo inmortal de la fama por sus heroicas virtudes y gloriosos hechos, á fin de inflamar nuestros ánimos en el deseo de imitar tan subli-

mes modelos para hacernos dignos de iguales honores; no será extraño, ni fuera de propósito, que un Español amante de su Rey, de su Patria y Religion, de esta Religion Augusta que heredamos de nuestros padres, groseramente engañado, y gravemente ofendido, como individuo de una nacion vilipendiada y ultrajada por otra vecina, alce el grito, y esgrima con loable esfuerzo la pluma para desengañar á algunos preocupados, y quitar la máscara á ese falso héroe, á ese pérfido aliado y amigo, que ha sabido por tanto tiempo disimular sus iníquos designios y profundas tramas, enebriéndolas con el barniz de la mas refinada hipocresía.

Si no es bastante á disculpar mi arrojé el derecho incontestable que tienen los hombres de todos los países para declamar contra el Tirano del Universo, si tampoco se juzga motivo suficiente el ser miembro de una Nacion vilmente engañada, y alevosamente invadida, quando descansaba en el seno de la mas estrecha amistad y alianza: podrá servirme de escudo la obligacion sagrada que todos tenemos de *pelear cada uno á su manera* en esta dura lucha entre la mas cruel opresion y dura esclavitud, y entre el sagrado patriotismo y la libertad imprescriptible de un pueblo noble, grande é independiente. Brazos robustos nos sobran para vengar tantos insultos y agravios, y siendo los míos demasiado débiles, debo pelear con las armas que puedo, con las armas de la palabra y de

la persuasion; armas que en todos tiempos han sido mas temidas de los tiranos, que los mas gruesos y formidables exercitos. Finalmente yo me creo bastante autorizado para emplear mis cortas luces, y el debil instrumento de mi mal cortada pluma en rechazar al enemigo comun, en virtud de la exhortacion hecha á los Españoles por la Suprema Junta en 29 de Mayo, para que se escriba á fin de conservar la opinion pública, y refutar esos lielos insolentísimos y llenos de falsedades atroces, esparcidos por nuestros mismos enemigos; ó acaso por escritores nacionales vendidos al oro de la Francia; viles apóstatas de su Religion, de su Rey y de su patria; ó por hombres que agitados de injustos resentimientos se han valido de esta ocasion para vomitar el mortífero veneno, que escondian en sus duras entrañas. Yo me guardaré muy bien de tener en mi poder sin licencia expresa (ni aun para refutarlos) esos papeles escandalosos y llenos de oprobios á los Reyes y al pueblo Español, los quales son y tengo por sediciosos, como el Diario de Madrid de 10 de Mayo, uno de los folletos mas denigrativos y hediondos que han aborotado las prensas. Asi pues me ceñiré solamente á indicar algunos de los hechos mas públicos é indubitables, que manifiestan evidentemente el caracter soberbio, ambicioso, falaz y pérfido del Tirano de la Francia. Rasguemos de una vez con intrepidez y esfuerzo generoso el velo que ocultaba á nuestros ojos á

ese falso Dagon, y mostremos al Pueblo Español, á la Europa entera, á las naciones mas remotas, á las generaciones y siglos futuros "que si Napoleon I.^o ha podido conseguir la débil gloria de un guerrero esforzado, ha sido al mismo tiempo un tirano y enemigo, no solo de la Europa, sino tambien de la Francia misma, á quien es deudor de su educacion militar, de sus primeros ascensos, de su fortuna brillante, de sus funestos laureles, empapados en la sangre aun humeante de tantos bravos Franceses, instrumentos ciegos de su ilimitada ambicion. Ha sido, y es un Principio pérfido é iniquo que ha tirado á desterrar del mundo la buena moral, la sana política, y los derechos constantemente reconocidos, y reciprocamente guardados entre todos los pueblos cultos; que excediendo en descaro á Atreo, ha intentado hollar con pie sacrilego aquella libertad natural, que toda nacion tiene para establecer la forma de gobierno que mas le adapte, y por último, que es un monstruo horrible vomitado por el Averno para azote del linaje humano.

Nació Napoleon Bonaparte en Ajaccio ó Ayasso de Córcega el 15 de Agosto de 1769. Fue llevado desde sus primeros años á Francia, en donde obtuvo una plaza en la escuela militar de Briena en Champaña confiada á la direccion de los Mínimos, y aquí fué donde dió las primeras muestras de aquella suerte de fiereza, natural á los espíritus extraordinarios; pero que pocas veces dexa de ser una

señal nada equívoca de un genio altivo, orgulloso y dominante. Trasladado á la escuela militar de París, en donde concluyó su curso, conservó el mismo carácter fiero y altivo, presagio funesto de que, si alguna vez la fortuna lo elevaba por medio de aquellos acontecimientos, que los mortales no pueden prevenir ni calcular, al sublime y espinoso cargo de mandar á los demas, no careceria de aquella soberbia y despotismo, que han solido manchar las brillantes proezas de los mas ilustres conquistadores. Si le seguimos rápidamente en todos los pasos de su vida hasta su exáltacion al trono, no encontraremos jamas desmentido este carácter.

Era simple cadete voluntario de artillería en tiempo de la primera asamblea de los Notables, y se declaró por el partido de la libertad, mas ya en la famosa época del sitio de Tolon se hallaba con plaza de oficial en una compañía de artilleros. La inteligencia, con que se conduxo en el ataque del reducto del fuerte Faron, fue la causa de que Freron y Barras, representantes del Pueblo, comisionados para vigilar sobre las operaciones del sitio de Tolon, y testigos de su intrepidez, le nombrasen General de Brigada. Despues de estos sucesos fué llamado Bonaparte á París, y encargado en segundo baxo las órdenes de Barras del mando de las tropas de linea, y pasado algun tiempo promovido á General en Jefe del ejército de Italia. ¿Quien diria entonces á la Francia, que este hombre, á

quien habia educado en su seno, y cuyos ascensos militares procuraba con tanta rapidez, habia de ser el mismo que la habia de esclavizar, privándola de aquella decantada libertad, que en medio de horrendos crímenes y execrables atentados habia comprado á costa de inmensos tesoros, y de innumerables torrentes de sangre de ciudadanos Franceses? ¿Quién podria prever, que este jóven, que de edad de 19 años se habia declarado por el partido de la libertad, y que habia trabajado en el Colegio de Briene un poema sobre la libertad de la Córcega, lejos de ser su mas fuerte baluarte y antemural, llegaria á ser algun dia el mas cruel enemigo, no solo de la libertad de la Francia, sino tambien de la de todas las demas naciones? ¿Quién diria que en el tratado de paz que firmó en Campo Formio, los despojos de la república de Venecia, una de las mas antiguas del mundo, servirian para recompensar á un Emperador, y esto por las conquistas de un General republicano? Tan cierto es, que Napoleon no habia conocido jamas otros principios que su negocio é interes. ¿Y quién no creeria, que un jóven, que habia recibido una educacion sabia y cuidadosa, y que repetidas veces habia declamado contra el abuso del poder y la corrupcion de las Cortes, si llegaba á salir alguna vez de la esfera de General, segun el vaticinio del Director Carnot, no seria uno de aquellos Príncipes benéficos, que de siglo en siglo aparecen en el teatro del mundo para

consuelo de la humanidad afligida, los quales al paso que colman de felicidad á la nacion que tiene la suerte envidiable de vivir baxo su dulce imperio, no tratan de de truir á las demas; sino de respetar y conservar sus derechos, y mas especialmente los de aquellas, á quienes están unidos con los estrechos lazos de la amistad y alianz? Pero, ah! por desgracia del género humano, contra la esperanza de todos y de la Francia, este mismo es el cruel, que ha hecho correr caudalosos torrentes de sangre, haciendo interminable la guerra continental con sus ideas de engrandecimiento y conquistas, al paso que en todos sus manifestos protesta serle muy preciosa la sangre humana; ha eslabonado una cadena de desastres, cuyo deseado fin aun se oculta á nuestra vista; ha hecho verter arroyos de lagrimas á una multitud de víctimas inocentes; y últimamente acaba de enredar á nuestra nacion dándonos á escoger entre los horrores de la guerra y el opróbrio de pasar por un pueblo débil, cobarde é impotente. Pero vosotros, valerosos Españoles, no habeis titubeado un momento; sabeis muy bien, que es mucho mejor una muerte gloriosa que una vida cubierta de ignominia, y el grito guerra, guerra ha sido la señal de la alegría y union de todas las provincias.

Bien sé, que se acusa á la Inglaterra de haber dilatado la guerra del continente, formando repetidas coaliciones, y prodigando sumas y subsidios quantiosos. Pero ¿no hubie-

ran sido tal vez desechadas con firmeza todas las sugerencias del Gabinete Británico, si los Principes de Europa hubiesen estado seguros de las intenciones de Napoleon, ó si no hubieran estado palpando evidentemente la astucia y maña, con que cada día extendía su dominacion é imperio baxo varios pretextos especiosos? ¿Hubieran podido acaso tener efecto las intrigas de Pitt en el continente, á no tener los mismos Soberanos delante de los ojos las diversas tramas urdidas por Napoleon para trastornarlo todo, para aniquilar poco á poco, ya con la maña, ya con la fuerza, el poder de todas las potencias de Europa; y para esclavizarlas al fin, rigiéndolas con el duro cetro de hierro? ¿Quién es el insensato, que no conoce que, aniquilado el poder marítimo de la Inglaterra, segun aque-lla máxima tantas veces repetida desde el tiempo de la República, *defenda Carthago*, quedaria la Francia dueña de los mares y del continente?

Encargado Bonaparte del mando del ejército de Italia, y habiéndose declarado por suya la victoria, se ajustó al fin la paz por la vez primera con el Emperador de Alemania en Campo-Formio. En este congreso se suscitaron muchas dificultades, porque el Emperador no habia dado á sus Plenipotenciarios los poderes suficientes. Con este motivo se vió otra vez á Bonaparte dar una nueva muestra harto expresiva, de que la altiva fiereza y arrogancia que manifestó desde sus primeros

años, aun no se habia templado con la experiencia y madurez, que suelen ser el fruto de una edad mas adulta. Coge una vasija de porcelana preciosa que estaba á la mano, y haciéndola mil pedazos, dixo á los individuos del congreso: *así os reduciré yo á polvo, pues lo quereis.*

Desde la época en que la fortuna se declaró por Bonaparte en Italia, comenzó el Directorio á mirarlo con envidia y zelos, ya porque su mérito fuese un oprobio de la conducta de aquel cuerpo, como han querido sus partidarios; ó ya porque temiesen que adquiriendo el General demasiado concepto y reputacion, tratase algun día de aspirar al mando supremo. No por otra causa en la República de Atenas fueron desterrados por el ostracismo los Milciades, los Temistocles, los Cimones, los Aristides, y todos aquellos valerosos Capitanes, que mas se distinguieron por sus señalados servicios para con la patria. El sobrenombre de *Justo*, que mereció Aristides entre sus conciudadanos, fué la principal causa de su destierro. Esta que parecia excesiva crueldad é ingratitud, era una medida prudente y precaucion necesaria entre unos ciudadanos tan zelosos de su libertad como los Atenieses. Acaso presentia la mayor parte del Directorio, que este pigmeo, que comenzaba á elevarse á una estatura colosal, podria ser algun dia mas funesto á la libertad de la Francia, que todos los ejércitos coligados. Lo cierto es que el tiempo jus-

tificó estos rezelos, pues apenas volvió Bonaparte de la expedición de Egipto, una de las más grandes y peligrosas que jamás se han concebido, y que pedía un valor intrépido hasta la temeridad, se le vió con igual arrojo echar por tierra al Directorio, destruir el Consejo de los Quinientos, y levantar sobre sus ruinas el gobierno Consular, paso preparativo para arribar otro día al trono á que ya entonces aspiraba secretamente. Así es, que le vimos pasar de un modo rápido y escandaloso del Consulado temporal al perpetuo, y de este á la dignidad Imperial, salto tan atrevido como afortunado, y que dexó atónita á la Europa, al ver que una nación que tanto habia hablado y escrito contra los Reyes y el gobierno Monárquico, y que habia combatido heroicamente por su libertad é independencia, acababa de someterse de conformidad y sin crisis revolucionarias al dominio despótico de un extranjero.

No es de nuestro intento indicar las causas, que pudieron producir un trastorno tan repentino en la opinión pública; mas ya fuese, que una nación generalmente corrompida y desnuda de todas aquellas virtudes morales, que fueron la basa y el cimiento de las repúblicas de Grecia y Roma, llegase al fin á conocer la necesidad de establecer otra vez el gobierno Monárquico; ó ya que la Francia cansada de la guerra, y de luchar con tantas facciones, como en un corto número de años la habian agitado incesantemente, cimentán-

dose las unas sobre las ruinas de las otras, juzgase por más saludable abandonarse en los brazos de un hombre, de quien esperaba acertaría á reunir los ánimos, y restituirle al fin la paz y sosiego que tanto descaba; ó ya en fin que dueño Bonaparte de la fuerza armada, no se atreviese la nación á resistirle: el hecho es, que el fanatismo republicano dobló al cabo la cerviz, y Napoleon fué proclamado Emperador de la República Francesa. Entonces se vió aparecer aquella constitucion monstruosa, que pretendia hermanar el Imperio con la República, palabra que ya nada significaba, y que solo era un sonido vano que se habia conservado en la nueva Constitución para alucinar todavía al pueblo ignorante: y así Napoleon se intitulaba *Emperador de la República Francesa*, título que, tragada la píldora, desapareció enteramente, convirtiéndose despues en el de *Emperador de los Franceses*, y habiendo quedado sepultado del todo y abolida la voz *República*. De este modo una nación por otra parte valiente é ilustrada, ha sido el juguete de la astucia y capricho de un extranjero sagaz y ambicioso. Era poco tener el mando supremo durante un largo consulado: tampoco bastaba á contentar sus deseos, que esta dignidad se hubiese hecho perpetua: aspiraba á más: era forzoso ceñir la corona y empuñar el cetro: *aut Cæsar, aut nihil*. ¡Pluviara al cielo que el Imperio de la Francia hubiera sido el límite de los deseos de su corazón!

Si todos los tiranos no fuesen ambiciosos, y si la ambicion de los tiranos no fuese tan insaciable como la sed del mas furioso hidrópico, hubiera podido lisonjearse la Francia de que era llegado el término de sus disensiones internas, de sus calamidades, y de todas sus desgracias: hubiera podido esperar sin engaño ver renacer en breve tiempo la tranquilidad, la alegría, la abundancia, la riqueza, la amistad, el comercio é industria, y el aumento de la poblacion, frutos preciosísimos de la paz, de una paz deseada, y que se hacia ya indispensable en el borrascoso mar de la Europa para consuelo de todos. Mas nada de esto tiene que esperar la Francia por mas que su Xefe le haya prometido una paz larga y duradera, y por mas que haya querido apropiarse el glorioso timbre de pacificador del Universo.

Napoleon no quiere sinceramente la paz, ó si la desea, es por unos medios, que jamas podrá obtenerla. Es tal su delirio, que pretende, que haciendo cada día nuevas mutaciones en el orbe político, y nuevas adquisiciones para sí, ó para los suyos, todas las testas coronadas se mantengan en un profundo letargo, ó se conformen quieta y pacíficamente con sus soberanas disposiciones. Es un Príncipe ambicioso, que añade de continuo á su Imperio algo de sus vecinos, á manera de la vid que, si no la cortan, extiende largamente sus brazos, y con ellos todo lo abraza y enreda. Quiere la paz; pero quiere al

mismo tiempo destronar Reyes, colocando en su lugar á quien le parece; quiere crear nuevas Monarquías; quiere destruir por su antojo las Repúblicas, aun aquellas mas antiguas y reconocidas por todos los Potentados. ¿En dónde está el Rey de Cerdeña? ¿Que es del de Nápoles? ¿Quien ha hecho aparecer las nuevas Monarquías de Baviera, de Wurtemberg, y de Westfalia? ¿Quien trastornó la antigua Constitucion Germanica? ¿En dónde se han sepultado las Repúblicas de Holanda y Génova, la Serenísima de Venecia, y aun la misma Cisalpina creada despues de la revolucion? Quiere la paz; pero quiere al mismo tiempo trastornar todo el Globo, únicamente por sí y á su arbitrio, sin ponerse de acuerdo siquiera con un solo Soberano. Quiere la paz; pero acaba de provocar iniquamente la guerra, quando comenzaba la Francia y el Continente á gozar de algun reposo por los tratados concluidos con la Rusia y la Prusia en Tilsit en el año próximo pasado de 1807. Despues de haber penetrado sus tropas con falsos pretextos hasta nuestra capital, atrae á su territorio con una perfidia sin exemplo á nuestros augustos Soberanos; trata de privarnos para siempre de ellos, haciéndoles renunciar la Corona en medio de las bayonetas; y con el mayor descaro exiende á la faz de la Europa el irritante, el iniquo, el tiránico é inaudito decreto de la extincion de la dinastia de los Borbones, injurioso á todos los Soberanos; sin temer la

justa ira y terrible venganza de una Nación valiente y leal hasta el extremo; ni presentar la horrorosa tempestad, que con este procedimiento tan injusto, tan pérfido y alevoso, va á levantarse en el continente, y la qual amenaza descargar irremediabilmente sobre su cabeza.

¿Es acaso necesario que yo me detenga en hacer una enumeracion prolixa de las infinitas contradicciones y absurdos, que se advierten en todos los pasos dados para la usurpacion del trono de España? ¿Hay alguno que no conozca la estolidez con que Napoleon se ha conducido en esta empresa, ó la falta de talentos, que tan á las claras ha manifestado? á no ser que quiera decirse, que poniendo la ambicion un denso velo sobre sus ojos, lo precipitó en el mas ridiculo atolondramiento.

Primeramente entran sus tropas, protestando el falso Murat, que solo venia de paso, y con intento de defender varios puntos amenazados por los Ingleses; y luego hace asiento en la Corte, inspirando de este modo á la nacion toda una inquietud y desconfianza, que no pudieron calmar en el ánimo de muchos las repetidas declaraciones, en que el Soberano aseguró, que estaba satisfecho de las intenciones de su caro aliado. Succeden mientras los ruidosos acontecimientos de Aranjuez del mes de Marzo, de cuyas resultas habiendo sido proclamado Rey FER-NANDO VII, lo saca engañosamente de en

medio de sus vasallos, que le habian jurado y recibido con un entusiasmo y alegria sin exemplo, y lo atrae á su territorio haciendo presa de su augusta persona. Con el mismo engaño acarreo á Francia á los Reyes Padres, y hecho arbitrio de las disensiones entre el Padre y el Hijo, declara que Carlos IV. es Rey de España, en virtud de la nulidad que encierra la abdicacion de la Corona en su Hijo, como producida por el temor y la violencia. Añade, que estando nuestra Capital rodeada de tropas suyas, la Europa y la posteridad llegarían á creer, que estas habian penetrado en España con el solo objeto de privar del Trono á su caro aliado y amigo. ¡Qué delicadeza de sentimientos! ¡Qué exemplo tan sublime de circunspeccion! ¡Qué Príncipe tan zeloso de su gloria y reputacion, que no consiente que esta se manche ni aun con la mas leve sospecha de violencia ó de injusticia! ¡Ah pérfido! ¡Qué villana hipocresia! ¡Y de allí á quatro dias no se le hace el menor escrúpulo de que el Rey Padre en un Reyno extrangero y rodeado de tropas haga y firme otra nueva abdicacion de la Corona en sus manos! En este mismo instante se le acabaron todos los miramientos para con la Europa. ¿No es esto un juguete indigno de alto carácter de un Empe ador? ¿No es burlarse manifestamente de todos? Carlos IV. vuelve á ser Rey el 4 de Mayo, y el 8 del mismo espira otra vez su reynado, y acaba su papel con la misma rapidez que un Rey de farsa.

Pero aun llega á mas su destaró y osadía. Hace que antes de esta segunda abdicacion nombre el Rey por su Lugar-Teniente á Murat, como si dexando Carlos de ser Rey á los quatro dias, no debiese tambien cesar Murat en la Regencia del Reyno. ¿Con qué carácter podria ya conservarse en España? ¿De dónde le dimanaba la autoridad, con que se pretendia continuarse, y con que continuó despues? ¿Si cesó el Rey, no debió cesar inmediatamente el que no tenia otra potestad que la que aquel le habia delegado? Tales son las monstruosidades, que Napoleon ha pretendido traguemos, como si fuésemos una nacion bárbara, loca ó insensata. Finalmente para poner el sello á su demencia y destaró, no se avergüenza de remitirnos la abdicacion del Señor D. Fernando VII firmada el 12 de Mayo, quando cada palabra es un testimonio manifesto de la violencia con que ha sido hecha, y una protesta la mas solemne contra ella. La abdicacion no reboza en sus expresiones mas que sentimiento, disgusto, dolor y opresion. ¿Puede concebirse mayor atrevimiento ó ignorancia? Por otra parte la renuncia de Carlos se declara nula como violenta: la de Fernando, que ha sido hecha en pais extranjero: hallándose rodeado de la angustia y sobresalto, y en medio de millares de hombres armados, la qual, leidas atentamente sus cláusulas, no es tampoco renuncia, como se quiere, sino mas bien un manifesto á su amado Pueblo de la opresion

que padece, y de los actos violentos á que se le obliga: eso nada importa: esta sí que es válida: esta debe tener todo su efecto: esta no envuelve la menor nulidad. Ni sirva de obstáculo, que muchas personas reales que tienen derecho á la Monarquía, no hayan renunciado á el, y lo conserven integro. Se acabó la dinastia de los Borbones: esta es la soberana voluntad del Tirano, que la Europa debe recibir de rodillas. (1) Ved aquí las medidas prudentes y profundamente sabias que toma Napoleon para obtener una paz duradera. ¿Podrian los Príncipes de la Europa consentir tan violenta é iniqua usurpacion, sin cubrirse de una eterna ignominia? ¿Pretende ese monstruo conciliar la paz con tales atentados? Pueblos del mundo, y principalmente vosotros los Franceses, que gemis baxo el yugo de la tiranía, desengañaos de una vez: Napoleon es enemigo jurado de la paz: la quiere con el labio; la detesta y abomina en su corazon. En ver correr rios de sangre es en lo que ese cruel se complace. Pues conjuremonos todos contra el, y exterminémosle con la guerra. Vengamos al mundo de tanta usurpacion en favor del linage humano: miremos su violenta elevacion y soberbia, como presagio cierto de su ruina. A la manera que los vientos (dice Séneca) quando estan para calmar, suelen so-

(1) *Hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.* Juven. Sat. 6.

pliar entonces con mayor ímpetu: del mismo modo los mortales, quando mas se elevan, suelen estar mas proximos á su caída (1).

Bonaparte alucinado con la idea de ser un héroe fantástico, ha concebido el proyecto de imitar, y aun de superar á los Alexandros y Césares. Mas si reflexionamos un poco, hallaremos, que ha sabido imitar los vicios de estos, olvidándose de sus virtudes. César supo refrenar el vicio de la arrogancia, como lo demuestra, el que habiéndose divulgado que según los libros Sibilianos, vencerian los Romanos á los Partos, siempre que les hiciesen la guerra teniendo un Rey por caudillo, proclamaron unánimemente Rey al César, el qual ofendido con esta aclamacion prorumpió: Yo soy César, no Rey (2). Mas el héroe fabuloso de la Francia no se contenta con ser Emperador y Rey: quiere mas: quiere ser Gefe de los Soberanos, es decir, César de Césares, y Rey de Reyes. Así, pues, no se ofende, ni desdenea de oír aquellas expresiones hiperbólicas, que la dura necesidad ó la vil lisonja prodigan al pie del trono, llamándole *Legislador del Universo*, y el héroe á quien se ha dado el poder de levantar los imperios, de destruirlos, y de hu-

(1) *Ut venti desituri vehementissime spirare solent: ita mortales, quum maxime effervunt se, tum proximi exitio solent esse.*

(2) *Cesar sum non Rex.* Plut. in ejus vita.

millar los soberbios (1); Pero puede ignorar que las alabanzas que se dan en vida, mas parecen adulacion; y que solo las que pasan los umbrales del sepulcro, son sincero adorno de los hechos de uno?

La dominacion cruel y soberbia estuvo igualmente tan distante de César, que aconsejándole sus amigos anduviese escoltado de una guardia numerosa, y convidándose muchos á este efecto, respondió con dignidad: Mejor es morir una vez que vivir siempre en temor (2). Cotejen los Franceses ilustrados esta respuesta sublime con la inmensa guardia que circunvala á su valeroso Emperador y Gefe. Ademas: ¿encontraremos por ventura en él la piedad, la liberalidad, la prudencia de Alexandro? ¿La afabilidad, la sabiduria y sobre todo la clemencia de César?

Concluyamos pues, que si Napoleon ha tenido algunas virtudes militares, las ha eclipsado, reuniendo en sí los vicios de muchos: la arrogancia de Xerxes, la crueldad de Neron, la temeridad de Anibal, la perfidia de Alexandro, la cruel dominacion de los tiranos. La arrogancia de Xerxes, porque él mis-

(1) Véase la arenga del Conde Sokolinski, Presidente del Cuerpo de la Nobleza del departamento de Posen, y otras varias insertas en Gazeta de Madrid del 6 de Enero de 1807.

(2) *Præstat semel mori, quam semper vivere.* Plut. in ejus vita.



mo se ha apropiado el soberbio título de Geefe de los Soberanos, y con un despotismo sin límites quiere disponer á su antojo de los tronos, y arreglar la suerte del mundo. La crueldad de Neron, porque así como este incendió á Roma, él ha hecho arder á todo el Continente en una guerra eterna y sangrienta cohonestándola con el pretexto de establecer una paz que nunca llega, ni puede llegar, sino baxo el imperio de la razon, de la justicia, de la religion, y restableciendo aquel equilibrio de poderes, que siempre ha sido el objeto de los Potentados. La temeridad de Anibal, porque así como este se atrevió á embarcarse en una nave sin piloto en medio de una borrasca espantosa; así él se atrevió á emprender la expedicion marítima al Egipto, expedicion que no ofrecia mas que peligros casi inevitables, y una derrota casi cierta. Con igual temeridad se ha atrevido á amenazar con un desembarco las costas de la gran Bretaña, á pesar de las fuerzas marítimas inmensas de esta Potencia, y aunque es cierto que hasta ahora este proyecto atrevido, y tal vez insensato, se ha quedado en una vana amenaza, no sabemos hasta que punto hubiera llegado el arrojado de un hombre osado y emprendedor, si su corazón insaciable hubiese logrado ver enteramente seguro y tranquilo el continente. La perfidia de Alexandro, porque así como Alexandro, segun refiere Plutarco en su vida, habiendo hecho treguas con los Indios, los atacó de improviso

en su retirada, y los destruyó; así tambien Napoleon de un modo inaudito, no mediando una tregua, sino una paz y alianza íntima con nuestros Reyes, los sacó con astucia y engaño de su Corte, para extender despues el monstruoso y tiránico decreto de la extincion de la dinastía de los Borbones en España, dexando muy atras con tan escandalosa perfidia quantos exemplos de esta clase nos ofrecen las historias de todos los siglos. Finalmente la cruel dominacion de los Tiranos, porque no contento con haber esclavizado la Francia, la Holanda, parte de la Alemania, y todas las repúblicas y reynos de Italia, ha intentado últimamente por los medios mas iníquos y vergonzosos extender su cetro de hierro sobre el rico y fértil suelo de la España católica, y siempre amante fidelísima de sus augustos Soberanos.

Aunque no fuesen tantas y tan repetidas las pruebas de la tirania de Bonaparte, bastaria para que la Francia lo reconociese por su tirano, el ver que solo mira y atiende á su felicidad y fortuna, ó que antepone indubitablemente esta al reposo y tranquilidad de sus vasallos. En esto se diferencia el Rey del Tirano, dice Aristóteles, en que este busca su felicidad propia, aquel la de sus súbditos (1). Ahora bien: ¿quantas veces ha hecho derramar la sangre francesa, privando á la madre

(1) *Et Rex abita tyranno, quia hic suam ille suorum querit felicitatem.*

del hijo, á la esposa del marido, á la viuda de su apoyo, sin otro interes nacional que el aumento de su prosperidad y grandeza, y la de su familia? ¿Qué utilidad resulta á la Francia de que Josef sea Rey de Nápoles, Luis de Holanda, Gerónimo de Westfalia? ¿Qué ventajas puede sacar de que su Gefe acabe de indisponerla cruelmente con la nacion Española, su amiga y aliada, sin otro motivo que antojársele la Corona de España para sí ó para otro de su familia? ¿No es forzoso que recayga tambien nuestro odio sobre los Franceses, en quanto son satélites y ministros de sus tiránicos y ambiciosos proyectos? Si esta usurpacion hubiera tratado de hacerse con las armas, habiendo precedido un rompimiento y declaracion de guerra baxo qualquier pretexto, siempre hubiera sido iniqua y violenta; pero fuera siquiera menos odiosa ó mas tolerable. ¿Mas estando no solo en amistad, sino aliado con nosotros? ¿Haciendo al mismo tiempo las protestas mas públicas y solemnes de que solo queria nuestra felicidad? ¿Y en el momento en que nuestros Reyes con una generosidad, de que no hay exemplo, se ponian en sus manos, para que fuese el árbitro de sus disensiones domésticas? Ah! Esta es una maldad y felonía tan execrable, que excede á los alcances de la oratoria para pintarla, y á la capacidad del ingenio para concebirla. El lenguaje falaz é hipócrita, con que Napoleon se ha conducido en esta criminal empresa, lo coloca, no en la baxa esfera de un malvado,

sino en la infima de un hombre perversísimo. No se tengan estas expresiones por hijas del excesivo acoloramiento de un Español resentido y agraviado. Hable por mí Publio Syro, que afirma que quando el malo se finge bueno, entónces es perversísimo (1): y en otra parte, que no hay mayor maldad que imitar el lenguaje de la bondad (2). Dígalo aquel Cónsul Romano, admirado de todos, no menos por su eloquencia, que por sus virtudes morales, quando en su preciosa obra sobre los deberes del hombre sienta por cosa indubitabile, que ninguna injuria es mas atroz que la de aquellos que, quando mayormente engañan, ponen su empeño en parecer buenos (3). Mas ya no podrán jamas deslumbrarnos sus discursos y proclamas pomposas, ni sus promesas falaces.

Napoleon no quiere la felicidad de la España, ni tampoco la de la Francia, ni la de otra nacion alguna: lo que quiere es que arrastrando todas al pie de su trono, sirvan como viles esclavas á su perfidia y á su falsa gloria. Dígalo nuestro vecino, el reyno de Lusitania, que, fugitivos sus Reyes por el temor, fue in-

(1) *Malus, ubi se bonum simulat, tunc est pessimus.*

(2) *Bonitatis verba imitari major malitia.*

(3) *Injuria autem nulla capitalior est, quam eorum, qui quum maxime fallunt, dant operam, ut viri boni videantur.* Cic. 1. Offic. n. 23.

vadido por el Tirano; y despues de tantas proclamas esparcidas, que no presentaban en sus palabras seductoras mas que ideas halagüeñas y promesas de esplendor, de grandeza, de prosperidad y de ventajas, solo ha experimentado el robo, la miseria, la violacion de sus mas preciosos derechos, la profanacion de sus templos, la opresion, la angustia, la agonía. Decidlo vosotros mismos, Franceses generosos, si es que la dura esclavitud que sufrís os ha dexado libre el acento y el uso de los órganos de la palabra. Decid; no es cierto que los campos regados con vuestra sangre os han producido espinas y abrojos en lugar de fragantes rosas? ¿Qué felicidades habeis experimentado despues de tanto tiempo que estais esperando coger los dulces y sazonados frutos de una paz tantas veces prometida como deseada, y que cada vez se aleja mas de vosotros? ¿No habeis cogido en vez de ellos los amarguísimos de una guerra exterminadora, que obliga á tener siempre en pie un ejército numerosísimo de soldados, que en otro tiempo hubieran bastado á conquistar todo el mundo, si las demas Potencias por una dura necesidad no hubieran con igual proporcion aumentado los suyos? Decidlo: no vacileis un momento. ¿No es cierto que experimentais en vez de la tranquilidad la agitacion? ¿En vez de la alegría la tristeza? ¿En vez de la abundancia la miseria y la pobreza, efectos necesarios de tantos sacrificios de toda especie? ¿En lugar de la amis-

tad el odio y la venganza? ¿En vez del progreso de todos los ramos de la naturaleza y de la industria la decadencia de la agricultura y de vuestras fabricas? ¿En vez del aumento de poblacion la falta de la juventud mas lozana? ¿Y por último, en lugar de la felicidad de vuestros pueblos el complemento de todas las calamidades? No, yo no creo otra cosa; por mas brillantes que sean las pinturas que de vuestra prosperidad interior nos hacen los autores de gazetas y diarios. Sé muy bien que ha tiempo que se pelea con las armas de la falsedad y de la impostura. Confesadlo sin rubor: nosotros, la Europa entera se compadeció de vosotros, y solo suspira por el feliz momento en que con generoso y loable esfuerzo rompais las duras cadenas que os aprisionan. No debe seros vergonzoso, que vuestro corazon franco y abierto haya sido engañado por la refinada hipocresia de un hombre doloso y astuto. ¿Qué dudais? Yo mismo me confieso públicamente reo de haber vivido deslumbrado con las pinturas exâgeradas y artificiosas patrañas que han divulgado sus panegiristas; y ahora solo me queda la confusion y vergüenza producida por el convencimiento íntimo de haber sido tan débil ó tan ignorante. Yo mismo lo he honrado bastante en estos últimos tiempos con no creer fuese capaz de la baxeza é infamia de obligar con la fuerza y el engaño á nuestros Monarcas á abdicar el dominio de una nacion siempre leal y obedientísima, hasta que vi con el mayor horror e

indignacion consumada su vileza y oprobio en gazeta de Madrid de 20 de Mayo. Publicad pues, Franceses ilustrados, tributando este justo homenaje á la verdad, que Napoleón I.^o es un hombre indebidamente venerado de la Francia. Aun esto es poco: decíalo de una vez: que Napoleón I.^o, Emperador de los Franceses, es otro Atila, que mereció le llamasen *el azote de Dios, flagellum Dei*; y que su nombre, aborrecido de todas las generaciones presentes, sera leido con horror y abominacion de siglo en siglo, de edad en edad, de pueblo en pueblo, de generacion en generacion, hasta la consumacion de los siglos.

Y tú, soberbio Emperador de la Francia con pretensiones á todo el globo habitado, que te has vendido tanto tiempo por aliado y amigo de la España, sabe y entienete que no queremos, que aborrecemos y detestamos desde hoy tu falsa amistad. Ella ha sido para nosotros mas pestilencial y funesta que hubiera sido tu enemistad. *Guerra, Guerra*, es el grito universal, y la señal de la concordia y de la alegría. En tu negra ingratitud para con nuestros Soberanos, que tan fielmente han correspondido á sus empeños y amistad, franqueándote sus tesoros, sus tropas de tierra y sus esquadras para tus designios y empresas, está cifrado quanto malo puede decirse de tí (1). Tú has provocado la cólera

(1) *Omne dixeris maledictum, quum ingratum hominem dixeris.* P. Syr.

y la justa ira de nuestra nacion noble, grande, leal y esforzada: la has tratado como á una gabiila miserable de hombres pequeños, débiles, necios y cobardes: teme pues los efectos de su justa indignacion. Si tus satélites se han atrevido á publicar en nuestra capital libelos injuriosos al Rey y á la nacion, nosotros sabremos hacerte la guerra con la espada y con la pluma. Si creias que quitándonos los Reyes caeriamos en los horrores de la anarquía, y que agitados violentamente de mil facciones, era la ocasion oportuna de subyugarnos, has padecido un craso y funesto engaño. La España tiene presente la terrible leccion que recibió en el siglo XVII de la Inglaterra, y ahora recientemente de la Francia. Quando se vieron la una y la otra sin los Reyes, á quienes criminal y cruelmente habian despojado del cetro y de la vida, fueron sumergidas en un abismo de facciones. El espíritu de la una no era reprimido sino por el de otra: el gobierno variaba sin cesar: el pueblo buscaba aturdido la democracia, y no la hallaba en parte alguna: al fin despues de muchos movimientos, choques y convulsiones políticas les fué preciso volver al mismo gobierno que habian proscrito. Nosotros no aspiramos á una libertad quimérica, ni tenemos partidos. El objeto de los deseos de todos es nuestro Católico y Augusto Fernando, y entre tanto que lo sacamos de las garras de las águilas rapaces, sometidos á la obediencia de una Junta Suprema, en la qual tienen

su trono todas las virtudes, sabremos guardar concordia y union, garantes seguros de la victoria. Si te pareció que la España moderna habia degenerado de la antigua; si nos conceptuabas sumergidos en un profundo sueño, y poseidos de una inaccion incapaz de movimiento; si soñaste que la España estaba muerta; si te se figuró que se habia apagado entre nosotros la antorcha sagrada del patriotismo: cree y entiende que el trueno espantoso de tu felonía, á cuyo estampido se ha estremecido toda la tierra, nos ha hecho renacer de las cenizas de nuestros mayores; nos ha vuelto del sueño á la vigilia; nos ha sacado de la languidez, y dado una actividad irresistible; nos ha resucitado de la muerte á la vida; y ha atizado, para no apagarse jamas, la radiante antorcha del amor de la patria. Si te llegaste á persuadir por un momento que carecíamos de ejércitos y de dineros; millones de hombres han corrido libre y espontáneamente á tomar las armas, y una multitud incalculable de cuerpos y ciudadanos ricos y poderosos han abierto sin limites sus tesoros. Hasta los miserables jornaleros se desprenden de una parte del corto premio de sus sudores para subvenir á la patria. Acuérdate que por un efecto semejante pudo triunfar la Francia de todas las Potencias coligadas para su desmembracion y ruina. ¿Qué no hará la España, auxiliada de otras que toman un vivo interes en su conservacion? Los Españoles intrépidos no tememos al vencedor de Marengo

y de Austerlitz. Estos ruidosos nombres podrán acaso servir para aterrar á naciones pequeñas ó cobardes. Tú mismo has descubierto el secreto respondiéndolo á los Polacos que te pedían restablecieses el trono de Polonia, que *quando una Nacion grande, quando muchos millones de hombres quieren ser libres, lo son* (1). No olvides jamas esta verdad tan terrible y luminosa, y sírvate su memoria para renunciar al proyecto de esclavizarnos por la fuerza, ya que no has podido por el dolo y astucia. La España entera quiere ser libre, no quiere gemir baxo tu duro imperio. Doce millones de habitantes se han levantado contra tus ambiciosos designios: ellos vencerán: la España y su Rey serán libres de tu tiranía. La Europa toda, y tal vez la Francia misma, combatirán por nuestra causa. Teme y tiembla: Julio César fué asesinado en el mismo Senado con

(1) *Quando el Conde Radzimirski, Palatino de Gnesno, el Conde Sokolincki, Presidente del cuerpo de la Nobleza de Posen, y el Príncipe de Raczinski, Arzobispo de Gnesne, arrevaron á Napoleon el año próximo pasado, pidiéndole restableciese el reino de Polonia, y se dignase hacer de modo, que esta nacion renaciese de sus cenizas, les respondió el Emperador de los Franceses entre otras cosas, que quando una nacion grande, quando muchos millones de hombres quieren ser libres, lo son. Gazeta de Madrid del Martes 6 de Enero de 1807.*

veinte y tres puñaladas. Si la tempestad que te amenaza no es bastante á enfrenar tus implacables deseos, es llegado el momento de tu caída.

Y vosotros, generosos Españoles, y amados Compatriotas, que habeis estado á punto de ser víctimas de vuestra fiel moderación, de vuestra exáctitud en cumplir los tratados, de vuestra ciega confianza en la amistad de un Príncipe doloso y astuto, y sobre todo, de aquella noble honradez, que ha sido siempre vuestro carácter distintivo, no desmayeis en vuestra intrépida y loable resolución. Vosotros que habeis desplegado en un momento todas las velas del patriotismo, del amor á vuestro Rey, del zelo por la conservación de la pureza de nuestra santa Religión, vosotros, que habeis sido los primeros en levantar los estandartes de la libertad de la Europa, sed también los primeros en dar á vuestros compañeros de armas y aliados exemplos heroycos del valor mas intrépido, de la fortaleza mas acendrada, y del mas noble entusiasmo. El Rey, la Patria, la Religión augusta y adorable exigen imperiosamente de vosotros toda suerte de sacrificios. Renovad las escenas gloriosas para el nombre Español, y eternamente memorables de los campos de Pavia y de San Quintín. Hombres y no Dioses nos hacen guerra: (1)

(1) *Numina nulla premunt: mortali urgemur ab hoste,*

¿pues no tenemos otras tantas vidas y malos como ellos? ¿No olvidéis jamas la gloriosa alternativa que habeis jurado de *vencer ó morir libres*. Imitad la fortaleza admirable, con que el Cónsul Decio, yendo de vencida su ala del ejército, y sabiendo por el sueño que él y Manlio habian tenido, pendia ya solamente el buen éxito del sacrificio de su propia vida, se metió por medio de los enemigos, buscando en su muerte cierta y voluntaria la victoria para los suyos. La historia nos presenta á cada paso exemplos ilustres del mas ardiente patriotismo. Los virtuosos sentimientos de amor á la Patria formaron de cada uno de los Romanos un Fabricio, un Régulo, un Cincinnato. En Atenas un sincerísimo patriotismo conduce con placer á aquellos esforzados jóvenes al campo de batalla: el asombroso valor con que en él disputan gloriosamente la victoria es un puro efecto del interés que toman en defensa de su Patria. En Esparta la vinda tiene una gran satisfacción, y da gracias á los Dioses, porque su esposo haya muerto, combatiendo valerosamente: las madres de los que pierden sus vidas cubiertos de gloria en la batalla de Leuctra, se felicitan mutuamente, mientras las otras reciben con lágrimas de dolor y confusión á los suyos, que vuelven ileos, pero vencidos. ¡Qué cosa mas dulce y glo-

Mortales: totidem nobis animaque, manusque. Virg. Æn. 10.

riosa que morir por la Patria? (1) la Patria... ¡Qué dulce nombre! Ella es el complejo universal de todos nuestros amores (2). ¿Quién será el cobarde, que al oír los lamentos de una patria, que llora su ruina, no arda en deseos de salvarla sacrificándolo todo, hasta su propia vida? Ea pues, hijos fidelísimos, hijos amantísimos, hijos dignísimos de la Patria, volad á salvarla. No permitais que vuestra benéfica Madre acabe de apurar el vaso del dolor y la amargura; enxugad sus lágrimas, consoladla, prometedla no volver á su tierno regazo, á sus dulces óculos, sin haber castigado y confundido las orgullosas miras, ambiciosos designios, aborrecibles tramas, proyectos pérfidos, y detestables intrigas del corazón insaciable, del espíritu hidrópico del Tirano de la Europa. Doce millones de habitantes libran su gloria y su ventura en el esfuerzo de vuestro brazo. La Europa toda tiene fixos los ojos en vosotros, y espera con impaciencia vuestros primeros triunfos. Precipitao como un torrente impetuoso sobre esas legiones de viles asesinos; deshacedlas y abrasadlas con la velocidad del rayo. Un Príncipe pérfido que ha violado los derechos sagrados de la amistad y alianza,

(1) *Dulce et decorum est pro patria mori.* Hor. lib. 3. O. 1. 2.

(2) *Sed omnes omnium charitates patria una complectitur, pro qua quis bonus dubitet mortem oppetere!* Cic. Offic. 1.

no puede pelear ventajosamente con vosotros. El capitanea esclavos ú hombres cómplices en sus iniquidades, á quienes acobarda el convencimiento íntimo de sus crímenes y perfidias; y vosotros por el contrario sois ciudadanos libres, nobles y generosos, que peleais voluntariamente por lo mas sagrado y precioso á los ojos de los mortales. Vuestra causa es santa, y vuestro valor invencible. Mas ya advierto vuestra impaciencia por venir á las manos; un pequeño reposo os fatiga: un corto instante de detención lo juzgais perdido para vuestra gloria. Marchad pues, y á vuestra vista retrocederán esas bandadas de esclavos. Los ministros del Santuario postrados humildemente al pie de los altares dirigen al Altísimo las súplicas mas fervorosas y los mas ardientes votos por vosotros y por la prosperidad de nuestras armas. El fuego inextinguible del amor á su Rey sirve tambien para quemar el incienso cuyo humo ha de subir ante el Trono de la inmensa Magestad, á cuyos pies soberanos sirven de alfombra los troncos de los Reyes. El Señor de los exércitos y de las batallas que siempre se ha dignado mirar con benignos ojos á esta Monarquía, derramará desde el alto empireo sus bendiciones sobre vosotros, y volviendo coronados de laureles al seno de vuestra Patria, á los brazos de vuestras madres, de vuestras esposas, de vuestros amigos y conciudadanos, será vuestro nombre alabado y bendito entre todas las gene-

gaciones. Si, volvereis triunfantes y gloriosos
rozar de la tranquilidad y abundancia, des-
pues de haber dado la paz al mundo, vengado
nuestros agravios, humillado á los sober-
bios, salvado la Nacion, protegido y hecho
respetar la santidad de la Religion, defen-
dido vuestros hogares, y rescatado y res-
tituido al trono al mejor de los Borbones FER-
NANDO VII, dignisimo objeto de nuestro amor
y de nuestros sacrificios.